

Seminario Concordia
 C. Correo 5
 1655 J. L. Suárez
 Bs. As. - Arg.

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
Conferencia sobre la Doctrina de Perdón de los Pecados	1
La Teología — Una ciencia particular	15
Homilética	22
Sabía Vd. ?	32
Bosquejos para Sermones	33

Publicado
 por
 La Junta
 Misionera
 de la
 Iglesia
 Evangélica
 Luterana
 Argentina

Homilética

CON UNA ADULTERA

Cuando los escribas y fariseos trajeron hasta Jesús a la pobre mujer tomada en adulterio, el Hijo de Dios se agachó y se puso a escribir sobre la arena del patio del templo. ¿Qué fue lo que escribió? Muchos sermones han sido pronunciados sobre esto, pero la verdad es que nadie sabe qué escribiera el Amigo de los Pecadores.

Me inclino a pensar que una de las palabras que escribió su dedo divino fue la palabra "CONCIENCIA", pues el escritor sagrado que nos dejó el incidente en su Evangelio nos dice: "Siendo acusados por su conciencia ellos se fueron uno a uno."

¡Sublime poder el de Cristo para convencer a los hombres de pecado! Estos escribas y fariseos que trajeron hasta los pies de Jesús a la mujer tomada en adulterio no todos eran adúlteros —probablemente ninguno lo fue— pero ante la mirada escrutadora de Jesús cada uno de ellos se consideró a sí mismo pecador.

En la antigua leyenda del Santo Grial, cualquiera que se ponía delante del vaso sagrado que había contenido la sangre de Cristo derramada sobre la cruz para redimir a los hombres, sentía las heridas que sus transgresiones habían causado al Hijo de Dios, y experimentaban dolor en sus almas. Sí; es la presencia de Cristo lo que nos condena y al mismo tiempo nos da esperanza para poder exclamar: ¡Oh Dios, ten misericordia de mí, pecador!

Otras de las palabras que pienso escribiera Jesús sobre la arena fue: "piedad" o "compasión". Es que había en Jesús dos aspectos, dos estilos de hablar. A veces era muy severo. El dijo: "El que ama padre o madre más que a mí, no es digno de mí". "Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y venga". También dijo: "El camino que lleva al cielo es angosto y la puerta del cielo es estrecha, y son pocos los que la encuentran". Apostrofó a los falsos religiosos de su tiempo —y de todos los tiempos— con las palabras más duras, cortantes e hirientes.

Pero, por otro lado, Jesús mostraba poseer un corazón tierno y compasivo. Con el transgresor estaba lleno de misericordia. Eso lo vimos con la mujer de los muchos maridos. Para con la adúltera traída por los escribas y fariseos, la protegió del duro juicio de sus acusadores y del castigo terrible que le querían infligir. De esta manera nos muestra cómo Él trató con los pecadores. Este es el espíritu que recomienda San Pablo a los cristianos: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros" y, en otro lugar: "Si alguno es sorprendido en una falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal... considerándoos vosotros mismos, no vaya a ser que también seáis tentados".

Si yo hubiera podido ver el rostro de Jesús cuando escribía sobre la arena y cuando dijo a la mujer: "¿Dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado? hubiera observado que el rostro de Jesús nunca mostraba mayor alegría que cuando se encontraba ante un pecador arrepentido. Los escribas y fariseos no se atrevieron a condenar a la mujer por su pecado, y cuando ella se vio libre de condenación y Jesús le dijo que se fuera y no pecara más, estoy seguro que ella en ese momento se sintió pecadora en forma muy distinta de lo que se consideró bajo la acusación de los escribas y fariseos.

Si Cristo la despidió y le perdonó su pecado, podemos estar seguros de que ella se había arrepentido. Dios es amor, y el amor de Dios se agranda cuando concede perdón a un alma penitente. Hasta los ángeles se regocijan cuando oyen la palabra "arrepentido" en los labios de un pecador que viene a Dios buscando perdón por Cristo. "Es que no hay condenación para los que están en Cristo Jesús."

Es verdad que Jesús no había muerto aún sobre la cruz, pero sin embargo el perdón que le concedió a esta mujer fue el perdón de la cruz, pues Cristo es el Cordero de Dios inmolado desde la fundación del mundo". ¿Quién puede medir la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del amor de Dios? ¡Es incomensurable ese amor! Dios nos dice en su Palabra: "Perdono tus pecados y no los recuerdo más". "Seréis como alas de paloma cubiertas de plata, y sus plumas con amarillez del oro". "Aunque tus pecados fueren rojos como la grana, serán emblanquecidos más que la nieve."

La última palabra que supongo que escribiría Jesús sobre la arena sería la palabra "esperanza". ¡Sin esperanza nadie puede vivir! ¿Qué fue lo que dijo Jesús a esta mujer tomada en adulterio? "Vete y no peques más". Hay aquí una palabra de advertencia, es verdad, pero hay más que eso, hay una palabra de esperanza.

La mujer volvería a sus vecinos, a sus antiguos conocidos, con el estigma sobre ella de su bien conocido pecado. La gente sabía ahora a ciencia cierta que ella era una mujer de "fácil virtud". Esto le sería duro, sin embargo Jesús le dio una palabra de esperanza: "Vete y no peques más".

A veces me gusta pensar cómo será la bienvenida que reciben los pecadores perdonados en el cielo. Me imagino algún ángel que dice: "entra y no trabajes más"; otro, dirá: "Entra y no sufras más"; otro, "entra y no gimas más"; otro: "entra y no temas más". Pero en medio de todas estas salutations, oirán la salutación de un ángel que les dirá a las almas redimidas al pasar la puerta del cielo: "entra y no peques más". Amén.

CON UN JUEZ

Una de las entrevistas que mantuvo Jesús en este mundo, lo fue con un juez: con Poncio Pilato. Ocurrió una mañana muy temprano. Mientras el procurador romano descansaba todavía, una multitud, formada por el sanhedrín, los sacerdotes, los fariseos y los escribas, trayendo un prisionero estaba en las afueras del pretorio, porque si penetraba en él se sentirían impuros y no podrían celebrar la fiesta de la Pascua.

Pilato, envuelto en su toga; soñoliento todavía y bostezando, los esperaba, mal dispuesto contra esos fastidiosos gritones que, por sus embrollos, lo habían hecho levantar tan temprano. Se dirige a esa chusma y le pregunta con mal talante: "¿Qué acusación traéis contra ese hombre?" y Caifás, adelantándose, le contesta: "Si este hombre no fuera un malhechor, no te lo hubieramos traído." "A éste", añadió, "hemos hallado pervirtiendo al pueblo y prohibiendo dar tributo al César y diciendo que él mismo es el Cristo, el rey".

Cada palabra era una mentira. Pilato dudó de la sinceridad de aquellos hombres porque sabía cuánto le odiaban a él y al

César. Pero una de las acusaciones le turbó repentinamente. "¿Era ciertamente un rey ese prisionero que tenía ante sus ojos?" y ordenó a sus oficiales que lo trajesen ante él; y una vez que lo tuvo en su presencia, le preguntó: "¿Eres tú el rey de los judíos?" Jesús lo miró, penetró con su mirada en la conciencia de Pilato y le respondió preguntándole: "¿Dices eso de ti mismo, u otros te lo han dicho de mí?" Pilato casi se ofende. "¿Pues qué? ¿Soy yo judío por acaso? ¿Qué es lo que has hecho? ¿De veras eres el Rey de los judíos?"

Jesús, con una mirada serena y con voz firme le responde: "Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí". El servidor de Tiberio no comprende. La diferencia entre el "aquí abajo" y el "allá arriba", le resulta oscura. Allá arriba están, si en realidad existen, los dioses bondadosos o envidiosos de los hombres; abajo, en el hades, están las sombras de los muertos, si es que queda algo de nosotros cuando el cuerpo es consumido por el fuego o los gusanos; la única realidad verdadera es el "aquí en la tierra"; la gran tierra con todos sus reinos. Y, nuevamente pregunta: "Luego, ¿tú eres rey?"

No hay ninguna razón para negar. Lo que Jesús había proclamado ante otros lo oiría también este ciego. "Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz".

Jesús no había venido para ganar un reino con la espada, ni a reunir defensores y partidarios por medio de la fuerza. La única arma que había empuñado era "la verdad". Había venido para declarar al hombre caído, la verdad acerca de Dios, acerca del pecado, acerca de la necesidad de un Redentor. No vaciló Jesús en decirle a ese orgulloso pretor que el mundo estaba necesitando de su misión divina. "Jesucristo testificó una buena profesión delante de Poncio Pilato".

La noble conducta de Jesús debería servir de ejemplo a todos los cristianos. Como él debemos declarar la verdad de Dios y ser luz en medio de las tinieblas. Debemos ponernos de pie ante el mundo para protestar sin temor contra toda corrupción. Debemos testificar de Jesús, pues él nos ha dicho: "El que se

avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del hombre se avergonzará de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles”.

En estos momentos se libró en el corazón de Pilato una batalla: una gran batalla en el alma de Pilato. “¡La verdad!... ¡La verdad! ¿Pero qué es la verdad?” Y sin esperar la respuesta, se puso en pie y dio la espalda “a la verdad hecha hombre”. A Pilato le fue concedido en aquel día la suerte de contemplar el rostro de la Verdad, la suprema Verdad, y no la supo ver. Allí estaba la Verdad viviente, la Verdad que podía resucitarlo y hacer de él un hombre nuevo. Allí estaba la Verdad cubierta con carne humana, en pobres vestiduras, con el rostro abofeteado y las manos atadas.

Doloroso es decirlo, hay muchas personas en los países llamados cristianos que se parecen a Poncio Pilatos, piensan que es imposible encontrarse con la verdad de Dios. Pero Dios no nos ha dejado sin dirección y sin luz. A veces es el orgullo el que nos impide descubrir la verdad. No nos arrodillamos humildemente pidiéndole al Señor que nos guíe. A veces es la desidia: No nos empeñamos en escudriñar lo que Dios nos dice en la Biblia. Otros no hallan la verdad porque sus conciencias se lo impiden.

Pilato trató de eludir su responsabilidad. Esto es lo que hacemos todos y especialmente cuando la conciencia nos remuerda. La Verdad de Dios vino al mundo para buscar a los que eran perdidos, y el mundo lo rechazó porque amaba las tinieblas más que la luz, porque sus obras eran malas.

La Verdad de Dios, Jesucristo, vino para conducirnos a Dios, hombres perdidos y condenados.

La Verdad de Dios sigue buscándonos en medio del mundo, y nos llama, diciéndonos: Venid a mí, todos los cansados y agobiados, y hallaréis descanso.

La Verdad de Dios está frente a ti en esta hora. Si vinieres a Él con tus pecados, con un corazón arrepentido y lleno de fe, la Verdad de Dios, Jesucristo, te perdonará y te hará hombre nuevo. Amén.

A. L. M.

CON UN JUEZ

Cuando a una persona le va muy mal es común decir de ella: "¡Pobre hombre, lo llevaron de Herodes a Pilato!"

Herodes y Pilato juzgaron a Jesús y ambos estuvieron convencidos de que era inocente. Pilato que era muy astuto, sabiendo que era costumbre soltar un preso durante la Pascua, deseando librar a Jesús hizo traer desde la prisión un hombre que estaba condenado por salteador y ladrón. Al poco rato dos hombres se hallaban en pie en el balcón del pretorio enfrentando a la multitud: Barrabás y Jesús. Dos hombres acusados de revolucionarios. Barrabás apelaba a los sentimientos nacionalistas; Cristo apelaba a la conciencia. Sonaron las trompetas. Restablecióse el orden. Pilato avanzó unos pasos y dirigió la palabra a la chusma: "¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás, o a Jesús que es llamado el Cristo?"

La pregunta de Pilato tenía todo el aire de democracia y de elección libre, pero en realidad era una parodia. Aquella mañana, merced a unos propagandistas, el pueblo se concentró en masa. Cuando una democracia pierde su sentido moral, puede votar antidemocráticamente. Y, en el caso de Jesús, la mayoría triunfó; pero no siempre la mayoría tiene razón. La mayoría está justificada siempre que una votación se basa en la conciencia, y no en la propaganda. La verdad no sale ganando cuando son lo único decisivo. Los números pueden decidir sobre la elección de una reina de belleza, pero no acerca de la justicia. La primera decisión por mayoría en la historia del cristianismo resultó equivocada, el pueblo eligió a Barrabás y condenó a Jesús.

Barrabás fue puesto en libertad. La recibió por causa de Jesús. Fue la libertad de Barrabás un símbolo de que por medio de la muerte de Jesús, los hombres serían hechos libres. Todavía Pilato hace un esfuerzo más para salvar a Jesús, mandó que lo castigasen y despojado de sus vestiduras fue atado a una columna y flagelado.

Jesús esperaba entregar su vida en rescate por el pecado: había dicho de sí mismo que tenía un bautismo con el cual había de ser bautizado. Juan le había administrado el bautismo con agua, pero los romanos le daban ahora su bautismo de sangre.

Los golpes señalados por la ley han sido administrados por los legionarios. Ahora que le han tomado gusto a la cosa no quieren dejar escapar a su víctima. Quieren divertirse a su antojo: "éste es" —según lo afirman los gritones de la plaza— "el que pretende ser Rey. Démosle, pues, gusto al loco, y haremos rabiar a los que no quieren reconocer su dignidad real".

Un soldado se quita su manto escarlata y lo arroja sobre las espaldas enrojecidas de sangre; otro se apodera de un puñado de espinos para la hoguera de la noche, y teje con ellas una a modo de corona y se la ciñe a la cabeza del Hijo de Dios; un tercero toma una caña, y la coloca entre los dedos de Jesús a manera de cetro y todos burlándose, le dicen: "¡Salve, oh Rey de los judíos!"

Pilato toma a Jesús de la mano, lo lleva al balcón y lo muestra a las bestias apiñadas en el patio: "¡Aquí tenéis al hombre!" Esto es: "He aquí el hombre que estáis acusando. Contempladle: mas no vestido de armiño, sin otra corona que una de espinas, sin otra señal de realeza que su roja sangre, y sin más distintivo de autoridad que una caña. ¡Estad seguros que no ha de pretender otra vez ser Rey!"

Pero al ver a Jesús los jefes de los sacerdotes aullaron:

"¡Crucifícale! ¡Crucifícale! . . . ¡No tenemos más rey que al César!" y Pilato, siguiendo la costumbre tomó el largo bastón, símbolo de la justicia, lo rompió y lo arrojó a los pies de Jesús, y los pedazos cayeron al suelo y formaron una cruz. Y respondió Pilato: ¡A la cruz! y entregó a Jesús para que fuera crucificado; se lavó las manos, y la historia ha inmortalizado con desprecio su nombre: "Padeció bajo el poder de Poncio Pilato". Las aguas que corrieron por las manos de Pilato no fueron suficientes para lavarlas. Las manos de Pilato han quedado ensangrentadas para siempre.

¿Qué criaturas tan despreciables son los hombres grandes cuando no están animados de principios nobles y no tienen fe en Dios! El obrero más humilde que cree y teme a Dios es un ser más noble ante los ojos del Creador que el gobernante o estadista cuya principal aspiración es agradar al pueblo. Tener una conciencia para la conducta pública, y otra para la conducta privada, saber lo que es bueno ante los ojos de Dios y sin em-

bargo obrar el mal en obsequio de la popularidad, es un proceder que ningún cristiano puede contemplar con aprobación.

Pidámosle a Dios que en el país que nos haya dado por patria no falten nunca magistrados que tengan la suficiente rectitud para concebir ideas sanas, y la entereza necesaria para ajustar sus acciones a esas ideas, sin ceder servilmente a las opiniones de los hombres. Los que temen a Dios más que a los hombres y profesan agradarle a Él más bien que a éstos, son los mejores gobernantes de una nación; y los que a la larga se granjean el respeto de sus conciudadanos. Magistrados como Pilato son con frecuencia el azote con que castiga Dios a todo un pueblo.

Pilato condenó a Jesús. Ordenó que se escribiese sobre la cruz la leyenda: "Jesús de Nazaret, Rey de los judíos". El populacho le pidió que modificara esta leyenda por otra que dijera: "Jesús de Nazaret que se dice ser Rey de los judíos". Pero Pilato, lleno de indignación les respondió: "Lo que he escrito, escrito está".

Fue la suya una realidad, una media confesión: pero también una verdad en otro sentido.

El veredicto que Pilato escribió acerca de Jesús —de condenación y de rechazo— fue final. "Lo que había escrito, escrito estaba".

Cada uno de nosotros, como Pilato, escribimos sobre nuestra alma el veredicto final acerca de Jesús. Podemos discutir, evadir o posponer pero al final deberemos pronunciar nuestro veredicto, un veredicto que permanecerá para siempre, y que deberemos encarar cuando nos encontremos ante el tribunal de Dios. ¿Qué harás tú con Jesús, amado lector? El poulacho que pidió la crucifixión de Jesús, al oírle decir a Pilato que era inocente de la sangre de ese justo, exclamó: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos".

Aquella sangre podía caer sobre ellos para destrucción, pero no dejaría de ser sangre de redención. Como Cordero, fue condenado al matadero, y como es muda la oveja ante los que la esquilan, así Jesús, tomando la cruz que nosotros merecíamos, ascendió hasta el Calvario para expiar tus pecados y los míos.

Así terminó la entrevista de Jesús con un juez.

A. L. M.

CON UN LADRON

Quiero hablar hoy de la entrevista que tuvo Jesús con un ladrón. ¡Un ladrón fue la única persona que acompañó a Jesús en su viaje desde la tierra al cielo! ¡Un ladrón fue el primer trofeo de la cruz, la primicia de la pasión de Jesús!

El mundo siempre tiene lugar para los mediocres, jamás para los que son muy buenos o los que son muy malos. Los buenos constituyen una censura para los mediocres y los malos molestan a éstos. De ahí que en el Calvario la bondad fuera crucificada entre dos ladrones.

Estos dos ladrones, al principio maldecían y blasfemaban al Hijo de Dios. El ladrón de la izquierda pedía que se le desclavara de la cruz; pero el de la derecha, conmovido por la oración intercesora que escuchó de los labios de Cristo, no pidió que se le bajara de la cruz. Reprendiendo a su compañero por sus blasfemias, le dijo: "¿Ni aún temes tú a Dios, estando en la misma condenación?", y luego invocando la misericordia divina, pidió perdón: "Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino".

Un hombre moribundo pedía la vida eterna a otro hombre moribundo; un hombre sin bienes pedía a un ajusticiado que se acordara de él en su reino; un ladrón a las puertas de la muerte pedía morir como un ladrón y robar el paraíso. La petición de este ladrón afectaba la razón por la cual Cristo había venido a la tierra, a salvar pecadores, por lo cual le respondió inmediatamente: "Hoy estarás conmigo en el paraíso".

La gracia y el milagro del arrepentimiento están explicados e ilustrados en el arrepentimiento de este ladrón moribundo. No sabemos qué agencia usó el Espíritu Santo para obrar el cambio de corazón de este hombre malvado y cruel; pero cualquiera que ella hubiera sido, el corazón de este hombre fue cambiado. El se arrepintió de sus pecados.

Fue el suyo un arrepentimiento sincero y genuino. Confesó que era malvado, reconoció que merecía el castigo que estaba sufriendo. Expresó que temía a Dios; y se convirtió en un predicador, al tratar de ganar el alma de su camarada.

La fe sublime de este malhechor la podemos ver en sus palabras: "Señor: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino." ¡Qué fe más maravillosa! Fe en la persona de Cristo, fe en la

misericordia de Cristo, fe en el reino de Cristo! Los discípulos que creyeron en Jesús vieron los milagros que efectuó el Maestro; los que en la actualidad creemos en Cristo tenemos el testimonio de su resurrección, el de la Biblia y el de la historia. Pero este ladrón en la cruz no tuvo ninguna de estas ventajas. En el hombre de la cruz central: burlado, olvidado, coronado de espinas, con el cuerpo cubierto de sangre, el ladrón arrepentido vio un rey. Vio otra corona, que no era la de espinas, y dijo: "Señor, acuérdate de mí cuando vinieres en tu reino". Concédeme un lugar en ese reino!

El fin del arrepentimiento y la fe es la salvación. Aquí podemos ver la salvación de un pecador. El ladrón había dicho: "Señor: Acuérdate de mí cuando vinieres en tu reino", y Jesús rompe el silencio y le dice: "Hoy estarás conmigo en el paraíso."

El ladrón sólo había pedido ser recordado; pero Jesús le aseguró que ese mismo día estaría con Él, en lo más alto de los cielos, no en un lugar oscuro, o en suburbio del cielo, sino en el centro de las moradas eternas, al lado mismo de Jesús.

A veces me gusta tratar de adivinar qué pensarían los ángeles mientras observaban lo que ocurría en el Calvario. Tal vez se produjo entre ellos un debate, una discusión acerca de quién sería el primero que acompañaría a Cristo al cielo. Tal vez uno de ellos sugirió que el primero sería el alma de Abraham, el padre de la fe, quien vio el día de Jesús y se alegró. Otro sugeriría que el primero en entrar en el cielo sería Moisés, quien escribió de Cristo y habló con Él en el Monte de la Transfiguración! Otro ángel aseguraría que sería Noé, quien en medio de la corrupción de toda la tierra, temió a Dios y le sirvió. Otro ángel sugirió que el primero sería Isaías, el profeta evangélico quien, antes de que Cristo viniera y muriera, lo describió como el varón de dolores, contado entre los transgresores, castigado por nuestras iniquidades y herido por nuestras transgresiones. No faltó quien abogara por Juan Bautista, el primero que proclamó a Jesús Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

De pronto, el ángel que cuidaba la entrada del cielo, ordenaría silencio, pues Cristo, habiendo cautivado la cautividad, llegaba y traía consigo... no a Abraham, ni a Moisés, ni a David, ni a Isaías, ni a Juan Bautista. No, ninguno de estos lo acompañaba. Llegaba acompañado del alma de un ladrón

penitente. Y cuando el Padre lo vio desde su trono, exclamó: "Traed el mejor vestido, y ponédselo; y poned anillo en su mano, y zapatos en sus pies: porque este hijo mío estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido y ha sido hallado."

Hay un solo camino que conduce al cielo, y ese es el camino que recorrió el ladrón penitente. Hay una sola puerta que da entrada al cielo, y fue la puerta por la que pasó el ladrón penitente: la puerta de arrepentimiento hacia Dios y fe en el Señor Jesucristo. Esa puerta del cielo está abierta para ti y para mí. "Si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo." Amén.

A. L. M.

¿SABIA USTED QUE?

¿Sabía Ud. que según las estadísticas de las religiones en el mundo hay 840.000.000 de hombres que nominalmente son cristianos frente a 2.073.000.000 hombres no-cristianos? El número de los cristianos se subdivide así: 165.000.000 griegos-ortodoxos, 245.000.000 protestantes y anglicanos, 430 millones católico-romanos. Entre los no cristianos hay 400 millones mahometanos, 336 millones hindúes, 314 millones confucianos, 157 millones budistas, 40 millones taoístas, 37 millones shintoístas, 12 millones judíos y otros 777 millones de religión muy diversa o de ninguna religión.

¿Sabía Ud. que en el año 1959 los 40.187.301 católico-romanos en los Estados Unidos ganaron 146.212 convertidos? Esto era un aumento de uno por cada 279 miembros.

En el mismo año los 800.000 Testigos de Jehová tuvieron 86.000 miembros más, es decir uno por cada 9 miembros.

En 1960 los 605.380 luteranos de la Iglesia Augustana ganaron 12.500 convertidos por bautismos de adultos, confirmación y reafirmación de adultos, es decir, uno por cada 48 miembros.

En este año cada 28 luteranos del Sínodo de Misuri ganaron un nuevo miembro para Cristo y su Iglesia.